

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

19/2016

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Beckert, Sven, *El imperio del algodón. Una historia global*, Barcelona, Crítica,
2016

(Rafael Escobedo Romero)

pp. 590-596



Universidad
de Navarra

Beckert, Sven, *El imperio del algodón. Una historia global*, Barcelona, Crítica, 2016, 733 pp., ISBN: 978-84-9892-914-0 (Edición original: *Empire of Cotton. A Global History*, Nueva York, Knopf, 2014). 32€; 14,99€ epub

Introducción. 1. El surgimiento de una materia prima global. 2. Los cimientos del capitalismo de guerra. 3. Los réditos del capitalismo de guerra. 4. Mano de obra cautiva y tierras conquistadas. 5. La esclavitud toma el mando. 6. El capitalismo industrial levanta el vuelo. 7. La movilización de la mano de obra fabril. 8. El algodón adquiere dimensión mundial. 9. Los ecos de una guerra que repercute en todo el globo. 10. Una reorganización de alcance global. 11. Destrucciones. 12. El nuevo imperialismo algodonero. 13. La reaparición del sur. 14. De tramas y urdimbres: epílogo. Agradecimientos. Notas; Índice analítico; Créditos de las ilustraciones.

Sin duda, el algodón fue un ‘emperador’ de su tiempo, del tiempo de la revolución industrial. La del algodón fue la primera industria en el sentido moderno de la palabra, la primera en la que la producción adquirió dimensiones realmente masivas, gracias a una acelerada sucesión de avances tecnológicos y organizativos. El abaratamiento de las telas de algodón durante la revolución industrial propició el primer fenómeno de consumo masivo de un bien de mercado. Y el camino abierto por el algodón sería recorrido por otras industrias, contribuyendo a dar forma al mundo moderno tal y como lo conocemos. Con esta ‘biografía’ del algodón, finalista del premio Pulitzer, ganadora de varios importantes galardones en Estados Unidos y señalada por el *New York Times* como uno de los diez libros más importantes del año, Sven Beckert nos proporciona pistas decisivas sobre un elenco de procesos históricos de la mayor relevancia. Todos ellos tienen en común el papel protagonista desempeñado por el algodón: el gran comercio ultramarino de la época preindustrial, las plantaciones del sur de Estados Unidos y la esclavitud de los afroamericanos, la primera revolución industrial, la difusión de la revolución industrial fuera de Inglaterra, la Guerra de Sucesión estadounidense, el surgimiento del movimiento obrero, el colonialismo, etcétera. Todos estos temas también tienen en común el marco cronológico central de este libro, los siglos XVIII y XIX, si bien el relato del profesor Beckert se remonta a los tiempos prehistóricos, en los que comenzó la relación del hombre con el algodón.

La historia del algodón, en efecto, hunde sus raíces en la prehistoria neolítica. El algodón comenzó a cultivarse en varios lugares del mundo, tan distantes entre sí como los dos núcleos de las grandes civilizaciones precolombinas – Mesoamérica y el Perú– y el antiguo Indo, desde donde se difundió tanto hacia el Oriente Próximo –para alcanzar desde ahí más adelante también el África

subsahariana–, como hacia China y el Asia central. Durante miles de años, la artesanía del algodón floreció en muchas economías tradicionales, sobre todo en la India, pero paradójicamente no en Europa, donde fue una manufactura prácticamente desconocida hasta finales de la Edad Media, cuando empezó a introducirse, como resultado de los intercambios comerciales con el Levante, en aquellas regiones que ya contaban con una tradición de artesanía textil.

Establecidos estos prolegómenos, Beckert se adentra en los argumentos centrales de su trabajo. El de factura más personal es el concepto de «capitalismo de guerra», que acuña para referirse a lo que más habitualmente conocemos como mercantilismo. Beckert establece una distinción conceptual básica entre este capitalismo de guerra y el capitalismo industrial, que se desenvuelve a partir de la revolución homónima. El algodón formó parte –al principio de forma no protagonista– de un proceso más amplio por el que europeos de varios países organizaron complejos negocios mercantiles en los que jugó un papel central el uso de la violencia y la coerción. Esa multiplicidad de negocios puede agruparse en dos grandes rutas comerciales, la de las Indias Orientales y la de las Indias Occidentales.

La ruta de las Indias Occidentales fue un sistema triangular. El primero de los vértices era, claro está, la misma Europa, con los agentes económicos radicados en ciudades portuarias, respaldados por Estados fiscales-militares-burocráticos cada vez más eficaces y organizados. Los europeos organizaron todo el sistema, financiaron mediante sistemas de crédito cada vez más sofisticados todas las operaciones, establecieron redes de información y de confianza que hicieron posible el funcionamiento de negocios con etapas muy separadas en el tiempo y en el espacio y, si bien no de forma hegemónica todavía, las especializadas artesanías de Europa también aportaban manufacturas que competían con un valor añadido mayor que las producidas en otros lugares del mundo. El segundo vértice fue África, donde durante varios siglos los europeos compraron a tratantes costeros millones de hombres y mujeres que habían sido esclavizados en el interior del continente. Esta mano de obra cautiva puso los cimientos de la crecida productividad de las economías de plantación que se desarrollaron precisamente en el tercero de los vértices, en América, sobre tierras arrebatadas a las poblaciones indígenas, casi siempre mediante la guerra o la amenaza de la misma. En esta etapa previa a la del imperio del algodón, los europeos empezaron a cultivar masivamente en América una serie de producciones alimenticias que en los tiempos medievales eran muy minoritarias o, más habitualmente, completamente desconocidas. De este modo, si el ‘emperador’ del XIX fue el algodón, el del XVIII fue sin duda el azúcar. También el tabaco, el cacao y, algo más tarde, el café levantaron sus pequeños grandes reinados. Los europeos se acostumbraron –más bien, se volvieron adictos– a todas estas estimulantes sustancias y, junto con el crecido aporte de metal precioso del mismo continente americano, fueron animando una economía cada vez más monetizada, cada vez

más capitalista. La otra gran ruta se dirigió al oriente. Con las manufacturas europeas y la plata americana, los europeos accedieron a las especias, al té y, también, como no, a las telas de algodón.

El autor enfatiza constantemente la importancia de la violencia y la coerción en la organización de ese primer gran capitalismo mercantil. En primer lugar, violencia entre los propios europeos, que competían por mercados, rutas, territorios y negocios. La intensa competencia de los Estados europeos en Europa se trasladaba al ancho mundo, de tal modo que las mismas guerras se libraban a la vez en la puerta de casa y a miles de kilómetros. Por otro lado, la violencia ejercida contra los no europeos. Por medio de esa violencia, los europeos se apoderaron de las tierras de los indígenas en América. En cambio, en África y en Asia los europeos no arrebataron al principio grandes territorios, pero sí impusieron a las sociedades locales y sus élites dirigentes condiciones comerciales exclusivas y ventajistas. Sin embargo, el mayor de todos los elementos de coerción sobre los que se construyó este sistema fue sin duda la esclavitud. Los esclavos negros en América hicieron posible el imperio del algodón, como antes habían hecho posible el imperio del azúcar y todo el sistema de plantación. Beckert resalta incluso cómo la coerción para el trabajo jugaría también un papel fundamental en el sistema fabril inglés, que contó a su favor con un sistema penal particularmente duro con las rupturas de contrato, esto es, con el abandono unilateral de los empleos por parte de los trabajadores industriales. Esta ubicua presencia de la violencia de los particulares que protagonizaron el capitalismo de guerra solo fue posible porque los Estados de los que eran súbditos la autorizaban, la respaldaban o incluso la ejercían en su provecho. En definitiva, la hipótesis de Beckert no viene sino a constatar el hecho de que el mundo moderno fue el resultado del fortalecimiento de dos realidades que en el mundo tradicional eran mucho más endebles: el mercado y el Estado.

Establecidos los fundamentos del mercantilismo –o, si seguimos el concepto acuñado por el autor, del capitalismo de guerra–, asistimos durante el siglo XVIII al proceso por el cual las importaciones de tejidos de algodón de Asia, sobre todo de la India, fueron adquiriendo cada vez mayor importancia absoluta y relativa en el gran comercio ultramarino. Los europeos en Europa y América se fueron aficionando cada vez más a esta ropa ligera, suave, colorida (por la facilidad de teñido del algodón), fácilmente lavable, resistente y de precio cada vez más competitivo. El mercado del algodón se expandió social y geográficamente, convirtiéndose incluso en moneda de cambio para la adquisición de esclavos en los mercados africanos. No transcurrió mucho tiempo antes de que los europeos aprendieran las técnicas de cultivo, hilado y tejido del algodón de modo tal que, progresivamente, fueron sustituyendo las importaciones asiáticas por producciones propias. Contaron para ello con tres instrumentos que, como hemos visto, ya estaban bien consolidados: plantaciones tropicales con mano de obra esclava, sofisticadas redes comerciales de transporte marítimo y una arte-

RECENSIONES

sanía europea con creciente capacidad técnica. Las pequeñas, pero intensamente explotadas, islas de las Antillas fueron las primeras que empezaron a producir algodón en rama para los telares europeos, pero poco a poco las colonias inglesas del sur de Norteamérica fueron acaparando la mayor porción de esta agricultura.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente a partir de la década de 1780, y hasta bien entrada la primera mitad de la siguiente centuria, se produce en Gran Bretaña la gran explosión de la producción de tejidos de algodón. Lo que Beckert pone ante nuestros ojos es ni más ni menos que la revolución industrial misma, cuyos números siguen asombrando al lector contemporáneo no menos que las hazañas de sus protagonistas individuales. La manufactura del algodón florecía en muchos lugares de Europa, también dentro de Inglaterra, pero fue en Manchester, una insignificante aldea de Lancashire, a su vez un modesto condado del noroeste del país, donde la historia de la humanidad dio uno de sus giros más decisivos. La revolución industrial fue, tanto literal como metafóricamente, una máquina bien engrasada y de exacto funcionamiento. Literalmente, porque la historia de la revolución industrial es en gran medida la historia heroica de inventos e inventores que fueron mejorando la maquinaria para la fabricación de tejidos de algodón, sorteando con habilidad e ingenio los cuellos de botella que los avances en una parte del proceso producían en otro menos adelantado, así como incorporándose triunfalmente al nuevo paradigma tecnológico del combustible fósil, es decir, de la máquina de vapor movida por carbón mineral. Con el algodón, la fabricación de cosas se mecanizó por primera vez de forma sistemática y completa, se cruzó la divisora de aguas entre la artesanía manual y el maquinismo industrial. Pero la máquina engrasada y eficiente es también una adecuada metáfora del funcionamiento del sistema económico en su conjunto. Durante estas décadas cruciales la economía esclavista del sur de los nuevos Estados Unidos alcanzó su madurez e inició al mismo tiempo una expansión hacia el oeste, convirtiendo al Misisipi y sus afluentes en una perfeccionada red de transporte y a Nueva Orleans en el principal emporio de exportación del algodón en rama a las artesanías e industrias de todo el mundo. Con todo, el cambio más radical se produjo, como se ha dicho, en el Lancashire, el lugar donde la artesanía se convirtió en industria, donde se concibió y se puso en marcha el sistema fabril y donde la producción se mecanizó, hundiendo los precios del producto y por lo tanto también a las manufacturas algodonerías que no consiguieron convertirse ellas mismas también en modernas industrias. Muchas artesanías europeas perecieron ante la avalancha de importaciones británicas, aunque el ocaso más dramático fue el experimentado por la India, que había liderado la producción mundial de tejidos de algodón durante siglos. El desmantelamiento de la industria india fue un proceso paralelo a la consolidación del dominio colonial británico sobre el subcontinente, que, de este modo, experimentó una verdadera reagrarización, dirigida en gran parte preci-

samente hacia el cultivo del algodón en rama para la exportación a las fábricas del Reino Unido.

La historia de la difusión de la revolución industrial durante el siglo XIX es en buena medida también la historia de la difusión de la industria algodonera. Los pioneros en la adopción de la industrialización fueron también los primeros en desarrollar manufacturas algodoneras capaces de competir con las británicas, como en Francia, en Alemania, en la costa noreste de Estados Unidos o, algo más tarde, en el Japón posterior a la revolución Meiji. Así pues, el sistema continuó creciendo, incorporando algunos nuevos actores, que no obstante no eran capaces todavía de desafiar la hegemonía industrial alcanzada por los británicos. La voracidad de la industria algodonera también estimuló el desarrollo de plantaciones en otros lugares del mundo, como Egipto, Turquía, Brasil o, como mencionábamos antes, en la India. De todos modos, la hegemonía de los cultivos algodoneros del sur estadounidense, igual que la hegemonía británica en la manufactura industrial, parecía en gran medida incontestable. Esa hegemonía norteamericana quedó radicalmente trastornada con uno más de esos magnos acontecimientos históricos en los que estamos viendo cómo el algodón jugó un papel decisivo, esto es, la Guerra de Secesión estadounidense y la abolición de la esclavitud. Como parte de su estrategia de guerra, el Norte organizó un eficaz bloqueo naval sobre el Sur, lo que redujo a prácticamente cero las exportaciones de algodón de la Confederación. Las industrias europeas entraron en crisis con esta «hambruna de algodón» y se buscaron abastecedores alternativos. A pesar de las grandes dificultades del período de la Reconstrucción, el sur estadounidense terminaría recuperando en las décadas finales del XIX su liderazgo, pero la diversificación de la producción algodonera en múltiples lugares del mundo fue en buena medida irreversible.

Como todo imperio humano, el del algodón también terminaría por declinar. El declive fue lento, al menos más lento que su explosivo crecimiento, y en realidad no se desvanecería por completo. No en vano, como se puede leer hacia el final del libro, está claro que la manufactura del algodón sigue siendo en nuestros días una de las más importantes industrias del mundo. La denominada segunda revolución industrial marcó en cierto modo el primer episodio de esta decadencia del imperio del algodón. Y es que si la primera revolución se caracterizó sobre todo por la máquina de vapor, el carbón, la aparición de la fábrica y los inicios de la mecanización, la segunda trajo consigo la preponderancia del petróleo, el motor de explosión, la electricidad, la química y la estrecha vinculación entre ciencia y técnica. Así pues, la creciente eficiencia de la industria en su conjunto hizo que los precios de las producciones textiles fuesen cada vez menores y, al decrecer el valor añadido del trabajo de los obreros del algodón, aumentó la ventaja relativa de aquellos lugares donde el coste laboral fuese menor, produciéndose un progresivo desplazamiento de la industria algodonera hacia las periferias en vías de desarrollo. A ello contribuyeron también los primeros

RECENSIONES

éxitos significativos del movimiento obrero en los países más industrializados, así como las primeras políticas consolidadas de sustitución de importaciones que, lógicamente, se concentraron en aquellos sectores en los que esa sustitución era más factible, como era el caso del sector algodonero. Beckert se refiere a este decisivo viraje como la reaparición del sur, pues ciertamente se asiste a una especie de viaje de vuelta de la manufactura del algodón a sus tierras originarias, ahora ya en su versión industrial y mecanizada. El autor detalla así el desarrollo de la industria algodonera en lugares tan diversos como la India y China, Brasil, la partición rusa de Polonia o el sur de Estados Unidos. Así pues, aunque hablemos de declive en el valor añadido y consecuentemente de pérdida de protagonismo histórico, la producción de algodón no disminuyó, antes bien aumentó. Nuevas tierras se pusieron en cultivo gracias a la extensión del ferrocarril, que redujo los costes de transporte de zonas antes más volcadas hacia el autoconsumo. Al mismo tiempo, países como Francia, Alemania o Rusia, en un contexto de creciente nacionalismo económico, fomentaron el desarrollo de distritos algodoneros en unos imperios coloniales mucho más eficazmente controlados que nunca. Surgieron así agriculturas algodoneras que han subsistido hasta nuestros días como las de Senegal, Togo o Uzbekistán. Por supuesto, también Gran Bretaña, la primera potencia colonial, impulsó sus propias plantaciones en lugares como Egipto o la India. En esta última, nos recuerda el autor que no fueron infrecuentes los episodios de hambrunas propiciados por las fluctuaciones en el precio mundial del algodón. Y es que los cultivadores arruinados no podían acceder a unos alimentos que necesariamente tenían que comprar en el mercado después de que las labores de subsistencia hubiesen sido desplazadas por el monocultivo algodonero.

Las dinámicas iniciadas por la segunda revolución industrial no hicieron sino acentuarse durante todo el siglo XX hasta nuestros días: la industria textil fue perdiendo cada vez mayor valor añadido y por lo tanto generando una dinámica de *race to the bottom*, por la que la producción busca mercados de trabajo cada vez más baratos, de tal modo que puede decirse que el puesto de Manchester lo ocupa hoy Daca, capital de Bangladés. El siglo XX asistió también a una intensificación y extensión de las políticas de sustitución de importaciones, además de las economías de planificación central de la Unión Soviética y de la China maoísta, en las que la agricultura y la industria del algodón jugaron un papel fundamental y en las que nos encontramos también con la función central de la coerción, ejercida esta vez directa y exclusivamente por el Estado. El imperio del algodón en gran medida se extingue definitivamente con la invención de las fibras sintéticas en las décadas centrales del siglo XX. Se trata no obstante de un declive solo relativo, puesto que en términos absolutos, como en tantos otros indicadores del desarrollo material, en nuestro tiempo consumimos más algodón que nunca.

RECENSIONES

En definitiva, *El imperio del algodón* resulta una obra de síntesis, pero que, a partir de un impresionante acopio de fuentes primarias procedentes de archivos y bibliotecas de todo el mundo, desarrolla un conjunto de análisis concretos sobre distintas dinámicas históricas, todas ellas del mayor interés. El detalle analítico genera a veces una cierta sensación de reiteración que, si bien puede ocasionalmente fatigar al lector, lo cierto es que contribuye a consolidar los argumentos principales del libro. Todas estas aportaciones específicas hacen de esta monografía un libro de gran interés, aunque tal vez su mayor valor consista en las perspectivas de análisis con las que contribuye a una de las conversaciones de más amplio alcance de los historiadores de nuestro tiempo, aquella sobre el fenómeno que Samuel P. Huntington denominó la «gran divergencia», es decir, el complejo proceso histórico por el que, en los últimos siglos, la civilización europea protagoniza una progresión exponencial en su desarrollo material y en su capacidad de dominio de la naturaleza, dejando atrás a todas las demás civilizaciones y culturas del mundo. Como sabemos, solo en las últimas décadas esa gran divergencia parece cambiar de rumbo, al replicar otros ámbitos civilizacionales, particularmente el extremo oriente asiático, muchos de los elementos propios de la modernidad occidental. Ese magno argumento histórico puede abordarse de muchas maneras y es ya larga la lista de aportaciones esclarecedoras al respecto. Junto a interpretaciones más o menos globales del proceso y junto a análisis más acotados en lo cronológico y lo espacial, la aportación de Sven Beckert es una aproximación comprehensiva de la historia de la relación del hombre con esta planta, que le ha vestido durante milenios.



Sven BECKERT es Profesor de Historia de Estados Unidos en la Universidad de Harvard y es un especialista en los aspectos económicos, políticos, sociales y transnacionales del capitalismo del siglo XIX, con investigaciones sobre burguesía, mundo obrero, democracia, esclavitud, etc. Es codirector del Programa de Estudio del Capitalismo y de la Iniciativa Waterhead de Historia Global, ambos de Harvard. Entre sus otras monografías se cuentan: *The Monied Metropolis: New York City and the Consolidation of the American Bourgeoisie*, *The American Bourgeoisie: Distinction and Identity in the Nineteenth Century* y *Harvard and Slavery: Seeking a Forgotten History*, realizada junto con un grupo de sus estudiantes.

Rafael Escobedo Romero
Universidad de Navarra